

Martín Bergel

***Cosmopolitan Desires* de Mariano Siskind: una radical y rigurosa aproximación al tema del cosmopolitismo en la literatura latinoamericana**

Mariano Siskind

Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America

Evanston-Illinois: Northwestern University Press, 2014, 358 págs.

Martín Bergel es Profesor de Historia Social Latinoamericana en la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Doctor en Historia de la misma universidad. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y del Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes, Argentina. Integra el Consejo Académico del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (Cedinci). Ha sido becario del Servicio Alemán de Intercambio Académico e investigador visitante en la Universidad de Harvard, Estados Unidos. Ha publicado numerosos ensayos y artículos en revistas especializadas de Argentina, Brasil, Chile, México, Perú, Alemania, Francia, España e Israel. Su primer libro, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la cultura argentina*, será publicado por la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, en 2015. Correo electrónico: bergelmartin@gmail.com



Cosmopolitan Desires REPRESENTA la más radical y, a la vez, rigurosa aproximación al tema del cosmopolitismo en la literatura latinoamericana. Los anhelos universalistas que se detectan y reconstruyen tanto histórica como conceptualmente en este libro no son el resultado de algún tipo de transacción entre lo latinoamericano y lo mundial. A distancia de las posiciones usuales en la tradición crítica, en la perspectiva que le interesa iluminar a Siskind no hay dialéctica ni reconciliación posible entre lo local y lo global. Y es que los fervientes deseos de modernidad que en el continente configuraron desde fines del siglo XIX este cosmopolitismo *without apologies*, concibieron irrenunciablemente al mundo como terreno imaginario de realización de sus afanes culturales. En la zona que estudia el autor, solo la fuga de lo particular, comprendido tanto en sus manifestaciones nacionales como latinoamericanas, posibilitó la apertura al horizonte de incitaciones estéticas y aun interpelaciones ético-políticas que traía consigo la modernidad global.

Siskind sitúa el análisis de estos deseos cosmopolitas que configuran su objeto y que intersectan en algunas expresiones de la novela decimonónica, el realismo mágico y, sobre todo, el modernismo, en el escenario abierto a partir del retorno de la problemática de la literatura mundial. Como es sabido, esta noción, concebida por Goethe en las primeras décadas del siglo XIX y luego solo esporádicamente revisitada, ha dado marco a renovados debates en los últimos quince años, sobre todo a partir de la publicación del libro de Pascale Casanova, *La república mundial de las letras* y del fulgurante ensayo de Franco Moretti “Conjeturas sobre la literatura mundial”. Pero en esas discusiones América Latina había tenido un lugar apenas marginal. El libro de Siskind, “una tentativa de inscribir la literatura latinoamericana en el mundo, y de interrogar las figuraciones del mundo en la literatura latinoamericana” (14), contribuye también al rediseño de los mapas que subyacían a esos debates.

Pero no se trata solo de vincular a América Latina con el mundo, y de hallar al mundo en el corpus literario latinoamericano: son también los modos en que esa doble relación tiene lugar los que son examinados en este libro, en el que la literatura mundial no es convocada como un concepto estabilizado e impermeable a disputas. Por el contrario, para Siskind esa noción ofrece tanto el campo de sentido en el que inscribe decididamente su intervención como un terreno cuyos contornos y “usos” merecen ser debatidos, sobre todo en lo que hace a las prácticas culturales y pedagógicas que se derivan de este.

Desde otro ángulo, *Cosmopolitan Desires* no es ciego a los desniveles y las situaciones geopolíticas que determinan vínculos desiguales con la modernidad. Pero contra cualquier reflejo de aislamiento cultural o de repliegue identitario,

el sujeto cosmopolita latinoamericano que es retratado en el libro, animado voluntaristamente por fantasías universalistas y deseos de mundo, busca suturar la “falta constitutiva” que se deriva de la situación marginal del continente a través de la subversión de las configuraciones nacional-particularistas que traban el acceso al escenario moderno.

Luego de la “Introducción”, el texto se compone de dos partes y cinco capítulos que abordan series literarias y artefactos culturales singulares que detentan interés en sí mismos, recortados del libro que los contiene; pero un repertorio de núcleos y preocupaciones se repiten obsesivamente y atraviesan el conjunto de estudios. En primer lugar, el mencionado enfoque que persigue las prácticas estéticas cosmopolitas como apuestas estratégicas por desparticularizar los marcos culturales del continente. Contiguamente a ello, en segundo lugar, una polémica a veces explícita, a veces tácita, con una forma del particularismo singularmente asentada: la cristalizada en la crítica cultural latinoamericanista y sus estribaciones nacional-populares. Así, el libro se aventura incluso a poner en tensión la adscripción plena dentro de ese prisma de sus más preciados símbolos culturales, como Martí y el realismo mágico. En tercer lugar, la atención prestada a un horizonte cultural global conformado tanto por textos y enunciados literarios como por circulaciones e intercambios materiales transculturales, carriles ambos constituyentes, en sus demarcaciones y alteraciones, de la geografía cambiante de la literatura mundial. Finalmente, un reiterado esfuerzo por distinguir la francofilia de los intelectuales cosmopolitas latinoamericanos de sus apetencias universalistas o, dicho de otro modo, por exhibir cómo, incluso en casos extremos de afrancesamiento como el de Rubén Darío, los deseos de mundo del cosmopolitismo latinoamericano resultaban irreductibles al amor por París.

La primera sección del libro, conformada por los dos capítulos iniciales, parte de una consideración de las dimensiones materiales de las travesías latinoamericanas y mundiales de dos formas literarias: la novela y el realismo mágico. En el primer capítulo, Siskind ofrece una penetrante aproximación a los dos fenómenos contenidos en la fórmula “novela global”: por un lado, la *globalización de la novela*, en cuanto proceso histórico de diseminación universal del género; por otro, la *novelización de lo global* como modo de interrogar la imaginación planetaria (y aun extraplanetaria) de la novelística de la segunda mitad del siglo XIX, en relación con el despliegue de la modernidad. Si en el primer caso el autor alude a una evolución que, lejos de llevar a la exportación unidireccional de la novela del centro a los márgenes, halló su impulso en el activo trabajo de apropiación y recreación del género por parte de los escritores de la periferia (sí, en otras palabras, la ubicuidad mundial de la novela fue menos el resultado de una

imposición colonial o neocolonial que un efecto del apetito de modernidad y de emancipación concebido en los márgenes), en el contrapunto que Siskind ofrece entre el imaginario novelístico de Julio Verne en Francia y de Eduardo Holmberg en Argentina la novelización de lo global exhibe condiciones diferenciales de producción y grados diversos de eficacia de los deseos cosmopolitas que la subtienden. En el apartado final del capítulo —que por su relevancia quizás podría haber ocupado el lugar de las “Conclusiones” de las que el libro carece—, Siskind examina críticamente las prácticas editoriales y pedagógicas vinculadas a ciertas inscripciones de peso del discurso de la literatura mundial. Según arguye, en muchas antologías y programas educativos concebidos bajo esta rúbrica continúa siendo hegemónico un modo de pensar la *world literature* como la adición de formas particulares esencializadas que vendrían a representar especificidades nacionales o regionales. Así, bajo esta “lógica de la expresividad”, usualmente es el realismo mágico el que es convocado a asumir la representación de la literatura latinoamericana, en la idea de que refleja adecuada y persuasivamente los caracteres culturales del continente. Contra esa concepción —objetada ya por otros críticos como David Damrosch—, a partir de los supuestos implicados en su doble modelo de globalización de la novela y novelización de lo global Siskind, propone rediscutir el concepto de literatura mundial y las prácticas a él asociadas, para orientarlos hacia fines efectivamente cosmopolitas y de justicia universal.

Esa posición crítica reaparece en el segundo capítulo, “The Global Life of Genres and the Material Travels of Magical Realism”, que a partir de una fascinante reconstrucción de la trayectoria global del realismo mágico problematiza la naturalización de su relación con la cultura latinoamericana. En la precisa reconstrucción de las operaciones tanto materiales como conceptuales que tramaron las distintas estaciones históricas del itinerario del realismo mágico hacia la literatura mundial, en primera instancia Siskind ubica el nacimiento del campo de sentido asociado al género no en América Latina, sino en el marco de las sensibilidades estéticas vanguardistas y antirracionalistas de la Europa de entreguerras; estudia a continuación cómo Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y Arturo Uslar Pietri, en contacto directo con esas sensibilidades en sus años de vida en el viejo continente, inscriben posteriormente al realismo mágico como un dispositivo literario destinado a capturar la especificidad de lo histórico-social latinoamericano; señala luego las vías por las que, a través del éxito mundial de *Cien años de soledad* de García Márquez, el género es apropiado por otras literaturas poscoloniales; para finalizar advirtiendo cómo, en el contexto de su codificación mercantilizada, demandado como marca en los últimos treinta años por la industria editorial metropolitana, surgen posiciones

críticas que al defender la heterogeneidad de la literatura del continente cierran el ciclo histórico de desplazamientos experimentado por el género.

La segunda parte del libro, que aloja los restantes tres capítulos, deja en segundo plano los intercambios materiales interculturales para concentrarse en el análisis de la emergencia en América Latina del discurso de la literatura mundial. Ese proceso, que tiene lugar a fines del siglo XIX en el seno de la constelación modernista, es reconstruido detalladamente en el capítulo 3. Siskind se propone desestabilizar la asociación unívoca del modernismo con la producción de una diferencia cultural latinoamericana. Aunque ese sesgo es indubitable, en coexistencia conflictiva con él, el autor reconstruye una flexión cosmopolita o conjunto de *deseos de mundo* articulados “como un modo de responder a demandas específicas de modernización que un discurso particularista, nacionalista o regionalista [...] no podría satisfacer” (107).

La saga de invocaciones universalistas de la textualidad modernista que Siskind repone configura una vía irreductible a las soluciones negociadas entre lo particular y lo global usuales en la crítica, por caso ejemplarmente en la *transculturación* de Ángel Rama. Y si esa perspectiva es detectable incluso en momentos de la producción de Martí —cuya crónica “Oscar Wilde” de hecho inaugura, a juicio del autor, la tradición de la literatura mundial en América Latina—, tiene mucho mayor espesor en otros dos autores del lote modernista que, aun cuando escritores de peso en su tiempo, no han sido suficientemente considerados por los estudiosos: Enrique Gómez Carrillo y Baldomero Sanín Cano, cuyas derivas cosmopolitas son exhumadas por Siskind.

Tras esa aproximación de conjunto al modernismo, los dos últimos capítulos vuelven sobre aspectos problemáticos del cosmopolitismo de dos de sus exponentes. El capítulo 4 interroga la paradoja de la ineludible mediación francesa del universalismo literario de Rubén Darío. Según argumenta Siskind, su francofilia no resulta en una posición mimética y parasitaria como se ha señalado con frecuencia, sino en un creativo “uso de Francia” como vía de acceso a la modernidad. Lo francés, como ventana a las literaturas del mundo, en la especificidad del contexto latinoamericano, traería aparejado para Darío y el modernismo una promesa de emancipación cultural respecto a las esterilizantes tiranías de lo local. El capítulo 5, finalmente, regresa a Gómez Carrillo, la figura más cabalmente cosmopolita dentro del espectro modernista. Siskind examina cómo recurrentemente, en las numerosas crónicas que publica en periódicos latinoamericanos a partir de sus viajes al Oriente, el escritor guatemalteco subvierte el exotismo de la biblioteca orientalista francesa (y en gran medida también modernista) para retratar escenas de China o Japón que son presentadas en

continuidad antes que en codificada diferencia con la modernidad global. Ese talante cosmopolita reaparece en clave humanista y ético-política cuando en sus periplos Gómez Carrillo, que en sus años parisinos había simpatizado con la causa de los *dreyfusards*, se enfrenta a situaciones de segregación y persecución de comunidades o grupos judíos.

Cosmopolitan Desires, en definitiva, ofrece de conjunto una aguda relectura de zonas de la cultura intelectual latinoamericana que habían sido, por lo general, intensamente transitadas por los estudiosos, pero desde un ángulo que descompone algunos lugares comunes sedimentados. La perspectiva que presenta, pensada como tentativa genealógica por iluminar los anhelos y ansiedades que en distintos momentos de la historia latinoamericana han procurado trascender los particularismos como vía de modernización y emancipación cultural, ofrece un programa de investigación sobre otros muchos “episodios cosmopolitas” (para retomar la formulación de Gonzalo Aguilar) en el continente. Por caso, las vanguardias pueden ser reexaminadas bajo este prisma —y, en este sentido, Siskind no es del todo justo en relación con su propia propuesta en una nota al pie dedicada a Mariátegui, a quien ubica como tributario en última instancia de la tradición nacional-popular—; pero también un conjunto de artefactos e iniciativas, como algunas revistas culturales, sellos editoriales (con sus políticas de traducción y difusión de las literaturas del mundo), etc.

No obstante, esa presencia más reverberante de lo que ha tendido a ser reconocido, es evidente que Siskind tiene razón al señalar, ya en la introducción del libro, que la saga de deseos cosmopolitas que exhuma ha tenido un itinerario posterior poco venturoso. Tanto las políticas culturales como las culturas políticas hegemónicas en el continente han confinado al cosmopolitismo a un lugar secundario y sospechoso. En ese sentido, el desgarramiento interno y hasta la tragedia configuran la experiencia histórica del sujeto cosmopolita que protagoniza este libro. Resta saber si su ya anunciada edición en castellano, prevista para el 2015 por el Fondo de Cultura Económica, servirá para abonar el debate sobre el pasado, el presente y el futuro de esta tradición minoritaria.